

## XVI

### EDMUNDO

Al separarse el doctor del capitán, le ofreció noticiarle lo que ocurriese relativo al estado de Rosa y á la curación de la Marquesa.

Falto del consuelo que sentía con las reflexiones y consejos cariñosos del doctor, Edmundo se entregó á su imaginación fogosa, exacerbando su pena con la exageración de sus ideas. Despertábase y creía ver á Rosa espirante, como vió á Clementina.

—¡Rosa, Rosa!—exclamaba entonces.—¡No te separes de mí... quiero seguirte... sí... sí: la muerte, término dichoso de una existencia penosa, va á unirnos para siempre!

Otras veces creía oír la voz de la señora de Osorio que le pedía cuenta de su hija, de su Rosa, que con tanto encarecimiento le había recomendado. Maldecíale Clementina y le llamaba su verdugo. Cruzando entonces las manos convulsas por la fuerza del dolor,—¡Perdón—gritaba,—perdón! ¡Piedad, Clementina! ¡No pronuncies esa terrible maldición!

Cuando la señorita de Osorio, rendida al peso de su pena, se postró en el lecho, el capitán sintió oprimírsele el corazón. El amor verdadero, la fuerte simpatía de dos almas hermanas, habían unido con lazos indisolubles á aquellos dos hermosos y nobles seres, tan magníficamente dotados por el cielo de todas las virtudes; como las palmeras del desierto, se comprendían y amaban desde lejos, y el capitán sentía todos los tormentos de Rosa, del mismo modo que se reflejaban en el alma de ésta todos los dolores de Edmundo.

Para él, que había ya amado á Clementina, no eran desconocidos los pliegues más secretos del corazón de su hija. Rosa era el alma de su madre, descendida del cielo para darle algunos días de ventura en este mundo de martirio.

En medio de tanto dolor, le sorprendió una carta del doctor, á la que iba unido un pequeño billete. Sin advertir que éste había caído á sus pies al abrir aquélla, Edmundo leyó ávidamente, y sin poder dar crédito á sus ojos, lo siguiente:

«¡Bendito sea Dios, Edmundo, que me permite ver lucir el día más feliz de mi vida! Hoy puedo pagar á usted una deuda sagrada que tenía contraída con su noble padre. Aquella alma benéfica me salvó de la indigencia, y le debo la vida y todo cuanto soy.»

Al llegar aquí se detuvo el capitán, vencido por la emoción que sentía.

—¡Oh, padre mío!—exclamó.—¡Bendito seas, pues que todos santifican tu nombre! No bastaba á tu amor haberme dado la vida. ¡Quisiste derramar mil beneficios para que yo recogiese el fruto de ellos! ¡Bendita seas, alma santa! Tú has dejado en este mundo la luz purísima que alumbraba mi áspero camino.

«Oiga usted, Edmundo—prosiguió leyendo,—y envanézcase al conocer la excelencia de la sangre que circula por sus venas.

«Yo me hallaba en Madrid, huérfano, sin amparo y en la indigencia. La casualidad hizo que su padre de usted me conociera, y sin duda debí interesarle, porque quiso saber mi inclinación, y viendo mi predilección por la medicina, pagó mis estudios y ocurrió á todos los gastos de mi carrera, siendo para mí el protector más noble y el más cariñoso padre. Cuando intentaba yo hablarle de mi gratitud,—Calla—me decía,—hijo mío: nada me debes; soy rico, y el goce más dulce para mí es la satisfacción que me causa el bien que hago. La fortuna que Dios dispensa no es para que nos envanezcamos y miremos con desprecio la desgracia: es, sí, para que la atenuemos con beneficios. ¿Qué diferencia existe entre nosotros para que tú vivas privado de lo necesario, y yo goce de todas las comodidades que me proporciona lo superfluo? Si algún día estás en buena posición, transfiero mi crédito para entonces, hijo mío, y lo que hoy crees deberme, me lo sa-

tisfarás con los beneficios que hagas á tus semejantes.

»Concluídos mis estudios, quise aprender más, y pedí á su padre de usted su beneplácito para pasar á Inglaterra. Concedíomelo y me repitió sus santos consejos, que le juré seguiría siempre. Seis años permanecí en el extranjero; el joven doctor español adquirió nombre, porque en el ejercicio de mi profesión me asistió la fortuna, y al volver á mi patria me precedió la fama de mis hechos.

»Apenas la saludé, me dediqué con empeño á buscar á mi bienhechor; y al fin pude saber ¡ay de mí que pobre, desgraciado y solo había muerto en Cádiz. El dolor más amargo destrozaba mi corazón, al pensar que no había podido cerrar sus ojos. Marché á Cádiz, y después de tributarle los últimos obsequios y de besar mil veces el sepulcro en que coloqué sus preciosos restos, volví á Madrid para buscar á usted. No le diré cuánto trabajé, Edmundo, para conseguirlo: Dios sabe que puse todos los medios que están al alcance humano; ni aun sus compañeros de usted sabían dónde estaba: sin duda ocurrió entonces la muerte de la señora de Osorio, y ocupado justamente en este grave acaecimiento, no pensó usted en dar cuenta de sí mismo.

»Perdida la esperanza de lograr mi propósito, marché á Italia, llevando conmigo el dolor de la muerte del padre y la incertidumbre de la suerte del hijo.

»Ya era yo entonces muy rico, pero también muy desgraciado. Siguiendo religiosamente los consejos de mi bienhechor, hice todo el bien que pude; mas sólo ingratos encontré, y todos aquellos á quienes colmé de beneficios fueron áspides que abrigué en mi pecho, que después desgarraron sin piedad.

»La virtud se acrisola con el sufrimiento: sólo las almas débiles y mezquinas pierden la fuerza y la fe cuando las hiere el soplo de una injusta decepción. El estudio purifica las ideas; la experiencia modifica los impulsos y dirige los hábitos. Resistí, pues, con valor al desengaño, fortalecido con las santas doctrinas de su padre de usted, y buscando mi consuelo en la religión, puerto seguro en las borrascas de la vida.

»Juzgue usted de mi alegría cuando, á mi regreso de Italia, le encontré: yo le dejé muy joven y me era difícil conocerle; pero el relato de su interesante historia, que escuché con ansiedad creciente, me hizo ver en usted al hijo de mi querido bienhechor.

»Formé entonces mi designio, y contrariando mi ternura, sellé mi labio é impuse silencio á mi corazón. Intentaba volver á usted la dicha que creía perdida para siempre. Si no lo consigo, me decía; si salen fallidas mis esperanzas, nunca sabrá lo que he hecho: en este caso, le manifestaré mi deuda para con su padre, y mi celo, mis cuidados y mi amor le consolarán de sus des-

gracias. Mas el cielo, que conoce su virtud de usted, se ha dignado tomar mi deuda como suya. La Marquesa está curada, y le llama á usted, como podrá convencerse de ello, por el adjunto billete que le escribe.»

Edmundo se inclinó, cogió el papel y leyó rápidamente su contenido. Mas su semblante se cubrió de lívida palidez, temblaron sus manos y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

—¡Rosa va á morir...!—murmuró con ahogada voz;—á no ser así, no me llamaría esa mujer...—Y volviendo á tomar su crispada mano la carta del doctor, acabó de leerla con ojos desencajados.

«Venga usted, pues, Edmundo—concluía;—pero venga pronto si quiere salvar á Rosa; si no pierde instantes, aún puede ser feliz.»

El capitán se precipitó sobre el cordón de la campanilla y tiró de él con violencia.

—Ve y toma un asiento en el coche del correo que sale para Burgos—dijo al criado que se presentó.—¡Pronto! ¿qué esperas?—añadió, dando impaciente con el pie en el suelo al ver que le miraba atónito.

Inclinóse el criado y salió presuroso, seguido de Edmundo.

El correo iba á partir, y el capitán saltó al coche, que arrancó con violencia ocultándose entre una nube de polvo.

## XVII

## EL PERDÓN

Al entrar el carruaje en el patio de la casa de correos, situada en el hermoso paseo del Espolón, saltó Edmundo al suelo y tomó como una exhalación el camino de la casa de la Marquesa.

La puerta estaba abierta, y Edmundo llegó, sin encontrar á nadie, hasta el aposento de Rosa.

Eran las tres de la madrugada. La Marquesa, sentada junto á una mesa, apoyaba en ella el brazo y sostenía la frente con su mano.

Aún tenía vendados los ojos; su semblante, grave y hermoso siempre, estaba profundamente triste. Su cabellera, de plateada blancura, abundante y sedosa, se dividía sobre su frente en dos espesas trenzas, que servían de marco á su semblante; todas sus facciones conservaban restos de una belleza sin igual; mas el terrible abatimiento en que estaba sumida la hacía asemejarse á Niobe llorando la pérdida de su último hijo.

El doctor Alvarez se paseaba por el aposento: muchos días hacía que no salía de aquella casa y que no se apartaba un instante del lado de Rosa.

De vez en cuando se aproximaba con cuidado á la alcoba y levantaba una de las cortinas, que volvía á dejar caer después de algunos segundos de observación.

—¡Que sea él, Dios mío!—exclamó.—¡Tened compasión de este ángel!

Al concluir estas palabras, apareció Edmundo en el umbral. Pálido y erizado el cabello y bañada la frente, presentaba la imagen de la desesperación.

—¿Y Rosa?—gritó;—¿dónde está Rosa? ¡Oh, doctor, por la memoria de mi padre, dígame usted dónde está!

El médico entró en la alcoba y entreabrió las cortinas del lecho. El capitán se lanzó detrás.

A los primeros ecos de su voz, hizo la joven un movimiento. Aquel sonido, que penetró hasta su alma, comenzó á sacarla de su letargo.

—Venga usted, Edmundo—dijo el doctor á Gálvez, que, más pálido y desfigurado que la joven, se apoyaba maquinalmente en una de las columnas del lecho;—acérquese sin temor, puesto que ella le ha estado viendo siempre en el fondo de su pecho: ninguna sensación peligrosa puede producirle su presencia.

Precipitose el capitán de rodillas junto al lecho, y cubrió de besos una mano de la joven. Ni llorar ni proferir una sola palabra le era posible; únicamente se escapaba de su pecho un tristísimo sollozo más elocuente que las más apasionadas frases.

El doctor se aproximó al lecho.

—¡Rosa!—dijo á la joven.—¡Rosa...! ¿me oye usted?

Movió ésta lentamente la cabeza y sonrió con dulzura.

—Escuche usted, mi amada Rosa—continuó el doctor:—el capitán Gálvez me escribe que va á venir, y presumo que ya debe estar muy cerca.

La mano de Rosa, que el doctor tenía entre las suyas, tembló ligeramente, y Alvarez sintió que se enardecía y que se alteraba su pulsación.

—¿No me escucha usted, Rosa?—repitió el doctor.—¿No me oye cuando le digo que viene Edmundo?

Desprendiéronse gruesas lágrimas de los ojos cerrados de la joven.

—Ya no le veré más, señor—dijo con dulcísima voz;—voy á morir y á unirme con mi madre, que me llama desde el cielo.

—Pase usted al otro lado del lecho, Gálvez, donde no pueda verle: pronto—dijo el doctor con voz baja, pero imperiosa.—Usted, señora—prosiguió dirigiéndose á la Marquesa,—colóquese detrás de mí.

Ambos obedecieron, y el doctor se volvió y desató la cinta que vendaba los ojos de la anciana.

De repente se incorporó la señorita de Osório sobre un brazo, y abrió sus rasgados ojos fijándolos en Alvarez.

—Cuando llegue Edmundo—dijo,—ya estaré

yo con mi madre rogando á Dios por él; pero dígame de parte mía, y mire usted, señor, que le hablo en la hora de mi muerte, dígame que le he amado hasta el último instante de mi vida, y que para él ha sido mi pensamiento postrero.

—Y si usted misma pudiera decírselo, hija mía, ¿no sería mejor? ¿Por qué desconfía usted de la bondad de Dios, usted que es tan buena y piadosa?—dijo el doctor con cariñoso acento.

—Voy á morir, señor, se lo repito—respondió la pobre Rosa;—ya no tendré la ventura de verle.

—¡Sí, le verás, hija mía!—exclamó la Marquesa, quien, sin poder contenerse por más tiempo, se arrojó sobre el lecho, cubriendo de besos y lágrimas el semblante de Rosa.—Ven, Edmundo—prosiguió dirigiéndose al capitán:—déjame el placer de que sea yo la que te conduzca ante mi hija;—y tomando por la mano á Gálvez, á quien el doctor contenía con sumo trabajo, le llevó junto á la enferma.

—¡Edmundo...!—exclamó ésta con un acento en que se veía claro el amor inmenso que llenaba su alma.—¡Eres tú! ¿Es cierto que te veo...? ¿Acaso se reproduce la visión engañosa que sin cesar me persigue? Dime—continuó, echando sus brazos al cuello del capitán,—¡dime que eres mi Edmundo, aquél que tanto me quería y á quien tanto amaba yo!

Pálida y quebrantada por tan violentas emo-

ciones, dobló Rosa la cabeza sobre el hombro de Edmundo.

—¡Doctor, doctor, mírela usted!—exclamaron á un tiempo la madre y el amante.

—Nada hay que temer—repuso Alvarez;—de la crisis pendían la muerte y la vida: habéis llegado á tiempo, Gálvez; Rosa está curada, y lo que la postra es un desmayo causado por la violenta emoción que ha experimentado.

En efecto: la joven, tan demudada pocos instantes hacía, se iba animando súbitamente; sus labios blancos habían tomado un leve colorido, y parecía que la sangre y la vida circulaban por sus venas.

La Marquesa y el capitán contemplaban absortos á aquella noble y generosa criatura, á la cual un milagro acababa de arrebatarse al imperio de la muerte.

—¿Qué dice usted, doctor?—preguntó el capitán con ansioso cuidado;—¿no le parece á usted que esta crítica situación se prolonga demasiado? ¿No podría usted indicar algún medicamento que ayudase á la naturaleza tan combatida de Rosa?

—Repito á usted, Edmundo, que se ha salvado,—contestó el médico.

—¡Oh, doctor!—exclamó el capitán, estrechando entre las suyas las manos del anciano.—Pídame usted el sacrificio de mi vida... ¡ella vale mucho menos que la existencia de Rosa!

El médico se volvió para ocultar su emoción,

y se dirigió á la alcoba. La Marquesa sostenía á su hija, que acababa de volver de su desmayo, y buscaba con inquieta mirada al capitán; al verle, una sonrisa de dicha asomó á sus labios.

—Antes de hacer á Rosa la protesta de mi amor—dijo Edmundo, acercándose á la Marquesa,—permítame usted que implore el perdón de las faltas que el frenesí de mi pasión me ha hecho cometer.

—Yo soy, Edmundo, quien debe esperar esa gracia de tu bondad. Sí: yo te ruego que me perdones lo mucho que por mí has sufrido; cruel é injusta he sido para contigo; mi dureza, mi detestable orgullo han amargado tu existencia, y la han hecho desgraciada durante mucho tiempo.

Rosa había levantado la cabeza, y miraba absorta el grupo que formaban la Marquesa y el capitán.

—¿Qué no te debo yo, Edmundo?—continuó la Marquesa.—Me has pagado el mucho mal que te he causado dándome todo el bien que podía apetecer. Me has vuelto la vista y la razón, y me vuelves á mi hija, que mi ciega obcecación precipitaba en la tumba de su desventurada madre.

Lágrimas de dolor brotaron de los ojos de la Marquesa á este tristísimo recuerdo. Mas haciéndose superior á su pena, se acercó á Rosa.

—¡Hijos míos!—exclamó, juntando en las suyas las manos de la joven y las del capitán.—Recibid el juramento que os hago de uniros para

siempre, y de confundiros con igual ternura en mi corazón. Recibid la bendición de vuestra madre, y plegue á Dios prolongar y hacer felices los días de vuestra existencia... Y tú, hija mía adorada—prosiguió elevando al cielo sus ojos arrasados de llanto,—sé feliz en esa gloria que te conquistó tu largo y doloroso martirio. Perdona á tu madre, Clementina, y bendice al hombre á quien tanto amaste y á la hija de tu corazón...

Rosa y el capitán lanzaron un grito, y por un espontáneo movimiento llevaron ambos á sus labios las manos de la Marquesa.

—¿Cuándo podrá dejar mi hija la cama, doctor?—preguntó la anciana.

—Confío en que podrá ser dentro de cuatro días, señora,—contestó el médico.

—Yo espero que la bondad de usted no rehusará encargarse de una comisión que le reservo,—dijo sonriendo la Marquesa.

—Estoy, señora, á las órdenes de usted,—contestó el doctor.

—Sepa usted, pues, desde ahora, que todos le encargamos de los preparativos del casamiento. Tenga usted cuidado, mi buen doctor—añadió la Marquesa:—esta comisión le crea un compromiso, y no dude que Rosa, Edmundo y yo seremos inflexibles para pedirle cuenta. ¿Ha dicho usted que mi voluntad era la ley? Pues bien: deseo que de aquí á un mes estén mis hijos unidos para siempre.

—Acepto, señora, tan dulce compromiso, y lo llenaré con placer y tan cumplidamente, que no temo ser reconvenido,—contestó Alvarez.

—¡Bendito sea usted, amigo mío!—exclamó Edmundo.—Usted ha sido el autor de nuestra dicha y nuestro ángel de salvación.

—Yo le debo hasta la existencia á su padre de usted, Edmundo, y hubiera dado sin vacilar toda la sangre de mis venas por ver á usted feliz. Pero observe usted á Rosa—continuó:—se ha dormido, y ese sueño benéfico le traerá la vida y la salud.

## XVIII

## LOS CONTRATOS

Un mes después del día en que la Marquesa de Olmedo concedía al capitán Gálvez la mano de Rosa, presentaba la casita de la calle de San Esteban un aspecto muy distinto de aquél con que la hemos conocido.

Eran las nueve de la noche, y el aposento de la señora de Olmedo se hallaba enteramente cambiado: una sillería sencilla, pero elegante; un hermoso espejo sobre la chimenea, y amplias colgaduras de seda verde que caían delante de las puertas y ventanas, habían reemplazado los pobres muebles que anteriormente tenía.

Veíase en el centro de la estancia una mesa cubierta con un tapete de terciopelo carmesí, en cuyo centro estaban ricamente bordadas de oro las armas de los Marqueses de Olmedo y de la noble casa de Osorio. Dos candelabros de plata cincelada, puestos sobre la mesa, sostenían doce bujías de rosada esperma.

La Marquesa vestía un traje de *moirée* oscuro, cuyas mangas dejaban ver otras de riquísima



blonda, lo mismo que el ancho cuello; una manteleta de terciopelo negro cubría su talle, y sobre sus trenzas de plata llevaba una preciosa cofia de Valencienes.

Rosa, vestida con un sencillo, pero elegantísimo, traje de raso blanco, no tenía otro adorno que una rosa del mismo color, medio perdida entre sus cabellos.

Aún estaba pálida: una aureola azul circuía sus grandes ojos, y sólo la gracia, la esbelta elegancia de sus hombros y garganta, podían disimular su absoluta carencia de carnes.

Estaba hermosa, sin embargo; hermosa de felicidad y de amor.

Edmundo había dejado el uniforme y vestía un traje negro.

Un personaje grueso, con grandes anteojos de oro y también completamente vestido de negro, se hallaba sentado delante de la mesa, en la que se veían varios papeles extendidos y una riquísima escribanía de plata.

La Marquesa, Rosa, Edmundo, el capellán de San Esteban y otro caballero de aspecto venerable, ocupaban asientos cerca del de los anteojos, que era un notario.

Aquella noche era la destinada para firmar los contratos nupciales de Edmundo y Rosa. Esperábase al doctor Alvarez, que hacía veinte días había salido para Madrid con el fin de obtener la licencia para el enlace del capitán, y conjurar la

tormenta que indudablemente debía amenazarle por haber abandonado al regimiento sin la autorización competente.

La última carta del doctor anunciaba que, terminado todo de un modo satisfactorio, estaría de vuelta el 7 de Junio á las nueve de la noche. Significaba á la Marquesa su deseo de que los contratos se firmasen entonces, y le rogaba que le esperasen, porque quería intervenir como testigo presencial.

La Marquesa lo dispuso todo para la noche del 7; y como quiera que en aquella ciudad no tuviese relaciones, sólo avisó al capellán de San Esteban, que se presentó acompañado de un anciano á quien ya conocía la Marquesa.

Las nueve y media señalaba el reloj, y la señora de Olmedo fijaba su vista impaciente en la puerta; tenía entre las suyas una mano de Rosa, que, débil aún, apoyaba su cabeza en el respaldo de su sillón.

—¿No oyes ruido, Edmundo?—preguntó la Marquesa al capitán.

—En efecto—contestó éste:—me parece que se oye llegar un coche.

Entonces se percibió más cerca el rumor de un carruaje, y poco después se detuvo una silla de posta enfrente de la casa.

Edmundo se dirigió á la puerta al tiempo mismo que el doctor aparecía en el umbral.

Venía el anciano cubierto de polvo, y el sudor

bañaba su frente. Dirigióse á la Marquesa y á Rosa, estrechó afectuosamente sus manos, abrazó con transporte al capitán y saludó con la cabeza á los demás.

—He hecho esperar á ustedes, y lo siento—dijo enjugando el sudor;—pero, amigos míos, se descompuso una rueda del carruaje y tuve que detenerme dos horas, á pesar mío. Puede usted proceder á la lectura del contrato, caballero,—añadió dirigiéndose al notario y poniendo sobre la mesa un cofrecito de ébano.

El notario se levantó y empezó la lectura. Los bienes de la señorita de Osorio eran inmensos, porque era en extremo rica la herencia de su padre.

Al nombrar al esposo, interrumpió el doctor al escribano.

—Ponga usted un millón quinientos mil reales junto al nombre de Edmundo, y suprima el título de capitán—dijo el anciano.—Mi querido Edmundo—prosiguió volviéndose á Gálvez,—abandonaste las filas del sangriento Marte, para entrar en el imperio del amor; has dejado el estruendo de la guerra, para vivir feliz en los brazos de la dulce paz. Ya no eres militar; pero, en cambio, heredas millón y medio de reales.

—¿Qué dice usted, doctor?—preguntó Edmundo asombrado.—Usted se chancea, sin duda. Yo soy solo, no tengo pariente alguno, y...

—Te engañas, hijo mío—respondió el doctor:

—tenías un tío de tu madre en los Estados Unidos, que ha muerto en Nueva York, y te ha nombrado su heredero á falta de otro pariente más cercano.

—¡Ah!—exclamó Gálvez, fijando una penetrante mirada en el semblante del anciano.—¡Ah, doctor! permítame usted que diga que encuentro inverosímil y raro este incidente...

—Pero contra la prueba de los hechos no opondrás resistencia, me parece—dijo Alvarez, abriendo el cofrecito que había dejado sobre la mesa, y que estaba lleno de billetes de banco y de letras de cambio.—Mira y cree,—añadió sonriendo.

La Marquesa había firmado durante este diálogo, y Rosa se disponía á hacerlo.

—Vamos, Edmundo—dijo el doctor sonriendo siempre, aunque se retrataba en su semblante una profunda ansiedad;—vamos, mira á tu prometida que acaba de firmar y te presenta la pluma.

Edmundo la tomó con mano trémula.

—Yo no debo firmar—dijo:—mi empleo era toda mi fortuna, y sin él nada puedo ofrecer á Rosa, nada, porque en vano trata el doctor de encubrir su generosidad con una noble mentira.

—¿Qué dices! —exclamó Alvarez.—¿Acaso crees, Edmundo, que ese dinero me pertenece? No, no: ese dinero es tuyo, le has heredado tú.

—Y aun cuando así no sea—dijo la Marquesa levantándose y conduciendo á Edmundo junto á

la mesa;—aun cuando fueses pobre, firma, hijo mío: te lo ruegan tu madre y Clementina.

Aún dudaba Gálvez fluctuando entre la austeridad de sus principios y su amor; pero una mirada que dirigió á Rosa acabó de decidirle. Más pálida la joven que su vestido, le miraba con las manos cruzadas, mientras que dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—¡Aceptar tan heróica abnegación!—dijo Edmundo con alterada voz al doctor.—¡Consentir en que se despoje usted de todo por mí...! ¡Oh! ¡Es harto grande el sacrificio!

—Y bien—exclamó Alvarez haciendo un esfuerzo para ocultar su emoción:—supongamos que no existe semejante herencia; supongamos hasta que el dinero que encierra ese cofrecillo es mío: tú no debes rechazar una oferta que te hace tu padre, porque yo, hijo mío, soy tu padre, y nada más justo que te entregue y tú admitas una parte de lo que debo al que te dió el sér.

—¡Oh, mi generoso bienhechor!—exclamó Edmundo abrazando al noble anciano.

—No, no digas tal cosa: yo no soy generoso, porque al darte esa suma voy á exigirte una condición; óyela bien para que puedas satisfacerla. Has de vivir siempre conmigo, y tus manos han de cerrar mis ojos cuando yo muera: júrame, pues, hijo mío, que ni tú ni Rosa os separaréis jamás de mi lado, y que será mío todo vuestro cariño, después del que debéis á vuestra madre.

—¡Sí, tuyo, tuyo será, querido padre mío!—exclamó Edmundo en un transporte de indecible amor, mientras que Rosa, incapaz de proferir una palabra, se inclinaba llorando sobre una mano del anciano y apoyaba en ella sus labios.—¡Te lo ofrezco, te lo juro, por la memoria sagrada del que me dió la existencial

—Firma, pues, hijo mío; tu madre te lo ruega, —dijo la Marquesa enjugando sus ojos empapados en lágrimas de enternecimiento.

Vencido Edmundo, firmó con pulso alterado por la fuerte emoción que experimentaba. Después fué á echarse en los brazos del doctor, que le estrechó contra su corazón embriagado de gozo, mientras la señora de Olmedo oprimía á Rosa contra su pecho.

—¿Te acuerdas, Edmundo, de lo que te dije la primera vez que te ví en Madrid?—murmuró el anciano al oído de Gálvez;—¿te acuerdas de que te dije, respondiendo á tus palabras de gratitud, que ya te pediría yo mismo la recompensa de lo que iba á hacer por tí? Pues bien: en este instante acabas de pagarme con usura todo lo que debías al doctor desconocido.

Nada respondió Edmundo; únicamente elevó al cielo sus negros ojos, como para dar gracias á su padre por tanta felicidad.